

Vicente Gerbasi en sus Sesenta Años:

La Viencia del Habitante de Tránsito Debe Ser Convertida en Habla de Arte

CARACAS, (INNAC). — Esta noche un grupo de amigos le rinde un homenaje al Poeta Vicente Gerbasi. La reunión ha sido organizada con el pretexto de celebrar sus sesenta años de vida, que en realidad no los cumple en estos días sino en junio. Para algunas personas el homenaje a Gerbasi constituye una especie de desagravio por la actitud asumida por los actuales directivos del Inciba, al suspender la Revista Nacional de Cultura, de la cual era Director, para el momento, en que sin consultar a Gerbasi se suprimió su aparición.

—Poeta: se dice que su niñez y su juventud están firmemente ligadas a su obra poética; que esas primeras viencias son la esencia de sus creaciones. Háblenos de su niñez y la madurez de Vicente Gerbasi.

—Mi padre, un inmigrante, que llegó aquí en el año de 1894 y que fue Coronel del Mocho Hernández, después de lo conocido cuando le tenía una joyería en Valencia con un Suizo de apellido Moser, tuvo que refugiarse en el pueblo de Canoabo, que está ubicado en el occidente de Carabobo.

—Mi padre llegó al pueblo después que el Mocho Hernández se alzó contra Castro, al poco tiempo de haber sido ca-

Esta noche sus amigos le ofrecen un homenaje al gran poeta venezolano autor de Mi Padre El Inmigrante y Los Espacios Cálidos.

Un pedazo de la historia de los Gerbasi en Canoabo.

Si el precio del café no hubiera caído quizá Vicente Gerbasi fuera todavía un comerciante de café que viviría en Carabobo.

Cuando uno se aleja de los elementos que conforman la patria uno se aleja de sí mismo —dice—.

nombrado Ministro de Fomento. El Mocho Hernández en esa región del occidente de Carabobo, en un momento dado le ordenó a mi padre, que tomara a Canoabo, el pueblo donde muchos años después yo nací. Canoabo —dice— está en un valle rodeado de montañas, de haciendas de café y cacao, húmedo en una naturaleza mágica, que es la que constituye el elemento primordial de todas mis viencias poéticas.

—Cuando ya mi padre se rehizo económicamente como cultivador y comerciante de café, en el año de 1911, fue a visitar a su patria. Más aún, a su pueblo, que se llama Viencia, situado en el golfo de Contrazo. Vió a mi madre y le prometió volver al año siguiente para casarse. Así fue. Se la trajo a Venezuela y yo nací en Canoabo, en la calle principal, que tiene el nombre indifera de Karamaquite.

—Prosiguiendo el relato evolutivo del momento de mi nacimiento en un momento dado de mi infancia me compró un burro, que me acompañó a ver los rincónes paradisíacos, misteriosos, mágicos, profundos de lianas y orquídeas de ese pueblo.

—Yo salí de la sombra del nacimiento en medio de las bellas montañas de mi pueblo. De las más bonitas del mundo. De serriales, de ríos, de cascadas, de colinas que se miraban volando en los pequeños espejos empañados de mi casa. Entre plantas que con ronzales de viento volaban con todas sus flores; entre compañeros de escuela que aprendían a descifrar el misterio de las letras como frutas o como estrellas o como relámpagos o como signos de un destino futuro.

—Mi padre —había el poeta— en un momento dado de mi infancia me compró un burro, que me acompañó a ver los rincónes paradisíacos, misteriosos, mágicos, profundos de lianas y orquídeas de ese pueblo.

En un momento de extraña locura nostálgica de su padre —cuanta— le dió a toda la

familia, "que ya estaba compuesta por mi madre, por él, cinco hermanas y Chespo, mi hermano que —es— el único que tenía año y medio, que debíamos ir a conocer a su patria.

Es necesario precisar —quiere que destaquemos— que Canoabo en aquel momento, no tenía carretera y que para salir de allí hacia Bejuma era necesario recorrer cinco horas a caballo o que para ir de Canoabo a Urama debía pasarse seis horas de selva también a lomo de bestia.

—Yo —dice entonces— había creído que el mundo terminaba en las cumbres de las montañas que rodean a mi pueblo. Desde muy niño, las flechas entre hojas de verde aceroso, donde vuela el ave del paraíso, donde el amanecer coloca pequeñas nubes de contemplación.

—El día que salimos de mi pueblo, teniendo ya diez años, todos a caballo y yo en mi pequeño burro que mi padre me había regalado ya hacia algunos años, vi por primera vez un milagro, por lo siguiente.

—Porque vi en un mismo día el automóvil, más allá, en el Pálio, el mar y sobre el mar unas barcas de pescadores y, allí mismo, el tren y un poco después, Puerto Cabello, que me pareció una ciudad tan fabulosa como si fuera Nueva York.

—Esa misma tarde, después del largo viaje a caballo y en automóvil, mi padre nos llevó al hotel Universal. Inmediatamente subí a la azotea y desde allí vi una posada de arrieros... Pero lo interesante para mí, viendo desde arriba esa posada de arrieros fueron 2 ovejas que estaban acostadas entre los caballos y las mulas.

—Esa misma tarde, después de haber visto en las revistas a colores que a mi padre le llegaba de Llanos.

—Esa noche —cuanta— el padre de Vicente Gerbasi lo llevó al muelle y allí estaba el viejo y descolorido buque que debería llevar a Italia a la familia Gerbasi. "Ese barco —dice— con una chimenea humeante, se convirtió para mí en el fastasma de las aventuras.

—Pero todavía hay más en este gran milagro que me hizo mi padre. Y es que después de haber recorrido el Atlántico, me encontré con las islas Canarias, donde jóvenes barqueros vendían bellas frutas que nunca en mi vida había visto, como el durazno, las cerezas, la pera, el higo... Más allá, después de haber pasado por el estrecho de Gibraltar en Barcelona, vi un zepelín. Ahí comienza de Génova en adelante, una etapa diferente de mi infancia y de mi adolescencia, porque descubrir a Italia es descubrir una forma distinta de la belleza.

—Porque descubrir a Italia es una manera distinta de descubrir la belleza! —Y esta manera distinta de descubrir la belleza me la conformó muy especialmente la ciudad de Florencia, donde hice cuatro años de bachillerato, donde me quedé, porque muerto mi padre y habiendo bajado el precio del café de 120 bolívares el quintal a 24, no había, para mí, manera de seguir estudiando.

—Cómo se experimento, habiendo transcurrido mi adolescencia en Italia, el proceso de reconversión a la vida venezolana?

—E voy a hablar con la mayor sinceridad... Cuando yo me fui a Italia, pase primero año y medio en Vibonati. Después pasé el último año elemental en un pueblo que se llama Cómpera, que está en las cumbres de los Apeninos del sur, con unos inviernos muy nebotos y hasta con el alular del lobo en la noche.

—Y como después me fui a Florencia, yo no tuve la oportunidad de hablar más el español.

—Sin embargo, cuando regresé a Venezuela, teniendo ya 16 años y medio, y habiendo olvidado de ciertas frutas venezolanas, pero sin dejar de recordar y conservar el boco de guayaba, el dulce de lechosa y la hallaca, y el casabe y manteniendo en mi memoria, con una profunda nostalgia, los seres humanos, el paisaje y hasta los animales de mi Canoabo y, muy especialmente, mi barrio Parapara, hercúleo mi español con acento totalmente venezolano en cosa de quince días. Y creo —afirma— que nadie dijo que yo hablo con acento criollo.

—¿Por qué se vinieron los Gerbasi?

—Estando nosotros en Italia y mi padre aquí, él murió en la plena debacle de la eco-

nomía de la clase media campesina. La familia decidió venir a Canoabo. Yo, en los primeros tiempos, me dedicué a cuidar las pequeñas propiedades que tenía mi padre, pero como no había manera de recuperarse económicamente, puse como yo dije el precio del quintal de café llegó a valer 24 bolívares, tomé la decisión de salirme de mi pueblo.

—Si el café hubiera valido más en ese momento yo no sería un poeta sino un cultivador de café. De modo que para mi propio interés espiritual y artístico yo le debo mucho a la quiebra del café.

—Qué es la consecuencia de la aparición de la riqueza petrolera —atajamos—.

—Abandonado Canoabo, me fui a trabajar en el Banco Venezuela de Valencia por 120 bolívares. El puesto lo conseguí a través de un italiano amigo de mi padre que tenía una fábrica de pajillas. Todo el tiempo que trabajé en la sucursal del Banco Venezuela de Valencia, todos, cada uno en su actividad, han llegado a ser personas importantes, porque el Banco Venezuela en ese momento era una escuela de disciplina, de moral. Más que un Banco, era una escuela que enseñaba moral, disciplina, responsabilidad y nos permitía estudiar también en la noche.

—Siendo empleado del banco, en Valencia empecé a encontrarme con algunos amigos como Felipe Herrera Vial, Otto De Solá, José Ramón Heredia, Guerra Méndez, Leopoldo La Madrid —el pintor—, Luis Ramón Cerró, Luis Augusto Núñez, que prácticamente tenían una meta artística. Si es cierto que yo había empezado a escribir en Italia, como estudiante, no comencé a darle importancia a la poesía sino hasta el momento en que me encontré con estos viejos y queridos amigos, algunos de los cuales están muertos.

—¿Qué vinculación hay entre su vida, entre esa niñez y esa adolescencia de que nos habló, entre el Grupo Viernes, su vida, entre su idea acerca de lo que debe ser la obra del autor del trópico y su credo político?

—Mira, cuando yo pertenecía al Grupo Viernes, nadie sabía que yo pertenecía al PDN, que es la semilla de Acción Democrática.

—¿Tu sabes por qué? Porque en el Grupo Viernes estaba prohibido hablar de política —se pregunta y responde—.

—Uno no sabe cómo entra a un grupo político. Pero pienso que entonces me dije que era necesario unir fuerzas para organizar un gran movimiento democrático y socialista en este país. Y soy fiel a esa idea. Soy fiel a Acción Democrática, que creo es el gran partido, que aglutina las grandes masas de este país. Un partido no se forma con el entusiasmo de sus discípulos sino con la participación emotiva del pueblo. Yo adoro a los viejos líderes de Acción Democrática. Ellos han hecho un esfuerzo titánico, pero no hay que olvidar que el pueblo venezolano es el que ha hecho a Acción Democrática.

—¿Usted se retiró de la diplomacia —planteamos— en el momento en que la diplomacia le podía dar mucho para el mejor cultivo de su vocación intelectual. ¿Medio alguna razón política en particular?

—Le agradezco mucho al Presidente Caldera que me ha tenido algún tiempo en Dinamarca y que mi haya enviado a un gran país como es Polonia, país que admiro y venero, con una gran historia política y cultural. Pero solicité la jubilación porque yo tenía nostalgia de mi país y quería vivir en mi país porque ya un hombre que se acerca a los sesenta años debe pensar simplemente que los años que le quedan son pocos y resulta que no hay nada como la patria.

—Estoy de acuerdo con Pablo Urdaneta que siempre me decía en Chile: un artista, un poeta, debe vivir en su propio país porque todos los elementos de su país son los que conforman su alma y si uno se aleja de los elementos que conforman la patria uno se aleja de sí mismo.



Vicente Gerbasi.

—Autodidacta, comprendí desde 1937 que había una problemática estética en el mundo occidental especialmente y creo que universal, que exigía una nueva expresión, que se ha ido delineando con el tiempo, porque el hombre de nuestro tiempo tiene un planteamiento psicológico que corresponde a su manera de vivir. Nosotros no somos de siglos pasados. Somos gente que tenemos que comprender, asimilar, expresar nuestra contemporaneidad.

—Ahora bien, habiendo asimilado nosotros las más diferentes corrientes estéticas que se han producido en nuestro siglo, pensamos, y yo creo muy especialmente, que esta manera de plantearnos el problema estético, poético de nuestro tiempo, tenía que tomar muy en cuenta el hecho de que nosotros somos habitantes de un país tropical con una naturaleza mágica y que esa viencia del habitante del trópico debe ser convertida en obra de arte.

—Si los chinos —dice para poner un ejemplo—, que tienen también una naturaleza tan bella, se expresan como chinos tanto en pintura como en religión, como en filosofía, nosotros los habitantes del trópico latinoamericano debemos expresarnos como habitantes del trópico latinoamericano.

—Desde luego —apuntamos— que esta tesis suya está claramente expresada en Mi Padre El Inmigrante, que suponemos es también para usted su mejor creación.

—Claro que está expresado. Pero no estoy de acuerdo con que Mi Padre El Inmigrante sea mi mejor obra. La crítica lo dice, pero yo prefiero Los Espacios Cálidos.

—Prefiero Los Espacios Cálidos porque yo creo que logré expresar una clara mística melancólica del campo venezolano.

—¿Qué vinculación hay entre su vida, entre esa niñez y esa adolescencia de que nos habló, entre el Grupo Viernes, su vida, entre su idea acerca de lo que debe ser la obra del autor del trópico y su credo político?

—Mira, cuando yo pertenecía al Grupo Viernes, nadie sabía que yo pertenecía al PDN, que es la semilla de Acción Democrática.

—¿Tu sabes por qué? Porque en el Grupo Viernes estaba prohibido hablar de política —se pregunta y responde—.

—Uno no sabe cómo entra a un grupo político. Pero pienso que entonces me dije que era necesario unir fuerzas para organizar un gran movimiento democrático y socialista en este país. Y soy fiel a esa idea. Soy fiel a Acción Democrática, que creo es el gran partido, que aglutina las grandes masas de este país. Un partido no se forma con el entusiasmo de sus discípulos sino con la participación emotiva del pueblo. Yo adoro a los viejos líderes de Acción Democrática. Ellos han hecho un esfuerzo titánico, pero no hay que olvidar que el pueblo venezolano es el que ha hecho a Acción Democrática.

—¿Usted se retiró de la diplomacia —planteamos— en el momento en que la diplomacia le podía dar mucho para el mejor cultivo de su vocación intelectual. ¿Medio alguna razón política en particular?

—Le agradezco mucho al Presidente Caldera que me ha tenido algún tiempo en Dinamarca y que mi haya enviado a un gran país como es Polonia, país que admiro y venero, con una gran historia política y cultural. Pero solicité la jubilación porque yo tenía nostalgia de mi país y quería vivir en mi país porque ya un hombre que se acerca a los sesenta años debe pensar simplemente que los años que le quedan son pocos y resulta que no hay nada como la patria.

—Estoy de acuerdo con Pablo Urdaneta que siempre me decía en Chile: un artista, un poeta, debe vivir en su propio país porque todos los elementos de su país son los que conforman su alma y si uno se aleja de los elementos que conforman la patria uno se aleja de sí mismo.